

Francisco Gallardo

LA ÚLTIMA NOCHE

algaida
eco

La novela *La última noche*, de Francisco Gallardo, resultó ganadora del V Premio Ateneo de Novela Histórica.

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

© Francisco Gallardo, 2012
© Algaida Editores, 2012, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9877-995-0
Depósito legal: SE. 658-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Libro primero	17
Libro segundo	83
Libro tercero	227
Libro cuarto	299
Libro quinto	353
Libro sexto	473
Libro séptimo	521

*Para Francisco, mi padre, que habita el
Séptimo Cielo de mi memoria.*

Para María, mi madre, para que sea eterna.

¿Al-Andalus estuvo aquí o allí?
¿Sobre la tierra... o en el poema?

MAHMUD DARWISH
(Birwa 1941-Houston 2008)

LA MIRADA DEL CERVATILLO

EN EL AÑO 589 DEL TIEMPO DE LA HÉGIRA, EL 1195 de la era de los cristianos, una calurosa noche de verano, comienzo a emborronar este pergamino. Lo tengo en mis manos, acaricio su tersura. Yo misma lo he elaborado con la piel de un cervatillo recién nacido. Apenas hace dos semanas, recogí a la criatura de un rincón del establo del palacio del Jardín Cerrado. Tenía la mirada ansiosa de quien sabe que la vida va a durarle poco. Pude acunarla hasta que murió con el hálito feliz de los inocentes. Antes de abandonar su cuerpo al capricho de los carniceros, le quité la piel en el establo. Durante tres días la dejé macerar en agua con sal. Recorté sus bordes y los ajusté a la anchura de mis dedos. Luego sumergí el cuero en un barreño de cal y lo raspé con una piedra rugosa. No consigo olvidar la mirada del cervatillo. Será la última vitela que elabore con mis propias manos. He pedido a los pergamineros del palacio que lo hagan por mí. Les he asegurado que necesito pergaminos para copiar libros de medicina. En el tiempo que vivo, está mal visto que las mujeres escriban. «Los cálamos no están hechos para manos femeninas», me advertía Umm Amr. Discrepo de su pensamiento. Tengo derecho a escribir mis memorias como lo hiciera Abd

Allah, el último rey ziri de Granada, cuyo libro he leído con detenimiento para advertir las virtudes y los errores de las palabras que quedan escritas.

Este manuscrito está destinado al olvido o al fuego voraz en el caso de ser descubierto. Si tiene algún lector más que aquella que empuña la pluma será porque los misterios que encierre merezcan su conocimiento. Todos los libros contienen palabras verdaderas y palabras falsas. Prometo no dejarme llevar por la fantasía tentadora de las mentiras.

Debo esmerarme en el trazo pues bien sé que no tengo la caligrafía de mi amiga Safia que escribía con el pulso de los ángeles. Este será mi pequeño palacio de letras dibujado por un cálamo tan afilado que supondrá el sacrificio de mis uñas. Dispuesta estoy frente al escritorio de ébano que traje de Sevilla. A mi lado derecho, está el tintero con adornos de plata de ocho agujeros, una negra granada abierta en la que mojaré las palabras. Junto a la jofaina blanca, llena de arena, para secar la tinta fresca. Todo está preparado para que vaya rellenando pergaminos con nimiedad o sabiduría. ¿Quién puede saberlo?

Ahora, mientras anochece en Marrakech con la indolencia del verano joven, contemplo el misterio del jardín oscurecido del palacio y comienzo a relatar la historia de mi vida. Tengo sesenta años vividos a la intemperie de los astros y entre la intemperancia de los hombres. Los cumplí, hace tan sólo tres días, con el mal augurio de una pálida luna que menguaba.

Debo confesar que he dudado mucho antes de ponerme a escribir. «¿Qué pretende una vieja garabateando pergaminos?», me he preguntado. Como en

una revelación, he visto el cielo claro que traen las tormentas al alejarse. Escribiré para volver a ser la niña que jugaba con el arco iris en el estanque de nuestra casa de Sevilla. Para que la anciana que voy siendo, no muera antes de tiempo.

LIBRO PRIMERO



MIS PRIMEROS RECUERDOS ESTÁN GRABADOS EN LA memoria con el color gris del miedo. Apenas contaba siete años de edad y mi cuerpo no se elevaría más allá de dos codos de altura. Sevilla era un estruendo de galopes y tambores. La guardia de Ibn al-Arabí, el último cadí almorávide, llamaba a la resistencia. El ejército almohade, que meses atrás había desembarcado en Tarifa, avanzaba hacia la ciudad desde la costa. Diez mil hombres montando a la jineta, dirigiendo el caballo con las rodillas, a la manera de los bereberes. Le seguían veinte mil guerreros a pie con turbante blanco alineados en columnas de nueve.

—Un ejército que, cuando marcha en combate, anuncia el fin del mundo —aseguró Abu Bakr.

Estábamos en la biblioteca, donde mi tío leía para no pensar en la barbarie de sangre que se avecinaba. Había acudido en su busca para preguntarle sobre la algarabía que llegaba a través de los muros de nuestra casa. De pronto, se levantó como si mi visita hubiera espoleado su conciencia. Ausente mi abuelo, al que yo aún no conocía, Abu Bakr era el único varón de la familia. Desde el jardín, ordenó a mi madre que movilizara a las esclavas para preparar los equipajes.

—¡Tal vez tengamos que huir! —gritó, asomándose al tragaluz de la estancia de invitados.

Bajo una fina lluvia, atravesó el caminillo de los naranjos en dirección al arco de la puerta, donde la guardia había duplicado el número de soldados. Al verle salir de casa, temí quedarme huérfana de tío, pues de padre ya lo era.

Corrí hacia mi habitación y recogí en un hatillo mis vestidos de niña. Luego, me dirigí al patio siguiendo a las esclavas cargadas con arcones llenos de ropa. Allí me esperaba Umm Amr con los ojos llorosos, apenas entrevistos a través de su velo morado.

—¡Pobre hija mía! —dijo, al tiempo que me abrazaba.

Butayna, la dulce esclava, cubrió mi cabeza con un tocado azul. Mi abuela Dunia hizo lo mismo con su eterna toquilla negra. Permanecimos de pie, junto a la puerta trasera de la casa, esperando noticias de mi tío. La lluvia había cesado y un tibio sol acariciaba mi cara mientras no dejaba de darle vueltas a la cabeza. La niña soñadora que yo era, imaginaba el fin del mundo. Me veía, huyendo con la familia, por un laberinto de calles revueltas hasta alcanzar la *Bab Maqarana*, puerta de la Macarena. Luego llegarían el frío, las privaciones y el hambre. Y quizás la muerte que, en mi imaginación, era de color negro.

Abu Bakr regresó a paso lento. Lo vimos llegar con la cabeza gacha, mirando la grava humedecida que pisaba. Meditaba una decisión de la que dependían nuestras vidas. Cuando se acercó, había resuelto ya el dilema.

—Retornad los arcones a las alcobas y disponed la mesa —ordenó a las esclavas.

Mientras abandonábamos el patio, Abu Bakr murmuró unas palabras al oído de mi madre. Escuché que habían matado a dos hombres importantes en la puerta de la mezquita de *Ibn Adabbas*. Uno de los asesinados era el hijo primogénito de Ibn Arabi, quien había huido horas antes, atravesando la *Bab Yahwar*, puerta de la Carne, a lomos de su caballo. Durante el almuerzo la abuela Dunia me contó, en voz baja, que los almohades habían conquistado Sevilla. Transcurría el invierno del año 541 del tiempo de la Hégira, el 1147 de la era de los cristianos.

A la mañana siguiente, Abu Bakr nos reunió en la estancia de invitados para tranquilizarnos. Esperaba que con la llegada de los almohades cesaran las hostilidades. Desde Marrakech, el califa Abd al-Mumim había enviado un mensaje prometiendo que no se derramaría una gota de sangre más. No todos los sevillanos pensaban igual. El asedio había sido largo y los andalusíes de linaje más puro no querían aceptar otra tribu bereber sin más abolengo que el polvo que traían de las montañas del Atlas. Con las tribulaciones del tiempo de los almorávides, ya tenían bastante. Habían nacido aquí, en la vieja tierra de los vándalos, al otro lado del estrecho de *al-Zuqaq*, estrecho de Gibraltar, y querían ser libres, sin depender de la corte de Marrakech. Sentían nostalgia de los tiempos de al-Mutamid, el rey poeta. Desconfiaban de los que acababan de llegar proclamándose los auténticos musulmanes. La primera escéptica era mi abuela Dunia, quien en un aparte, me contó que los almohades, nada más entrar en Sevilla, purificaron con agua la mezquita de *Ibn Adabbas*.

—Como si hubiera estado ocupada por cerdos —me dijo en voz baja.

Acudí, con mi familia, a presenciar la parada de los vencedores. Barraza, el jefe militar, presidía el cortejo. Le seguía un séquito de caballeros portando estandartes blancos, entre los que destacaba una misteriosa mujer velada. La muchedumbre ondeaba a su paso banderas rojas. Algunos exaltados, quemando las enseñas negras de los almorávides, gritaban: «¡Muerte a los herejes!». Agarrada a la mano de Abu Bakr sentía pánico. Me aterraba la violencia de la turba.

La comitiva se acercó a nuestra casa camino del palacio de *Dar al-Imara*, la Casa del Gobierno. Llegaron hermosos caballos que dibujaban el trote con la elegancia de la salud. Corceles blancos como la nieve, negros como la sombra del mediodía, castaños como la turbación que sentí al verlos desde mi altura de niña. Abu Bakr se preocupó al ver la palidez de mi cara.

—¿Te encuentras bien, princesa? —preguntó, aupándome a su pecho.

Contemplando sus ojos negros me percaté de la belleza varonil de mi tío. Mi mirada, que cuando estaba de pie se había convertido en una nube espesa, se tornó nítida como si antes no hubiese visto nunca. Desde entonces, tengo la certeza de que Abu Bakr Avenzoar, el médico, el poeta, hace milagros.

Las cornetas resonaban como tormentas de metal cuando el alazán negro de Barraza se detuvo a nuestra altura. El jinete había reconocido a Abu Bakr. Descendió del caballo con un ágil salto. Era un hombre menudo, musculoso y de mirada huidiza, cuyo cráneo

pelado bailaba bajo un aparatoso turbante morado. Se fundieron en un abrazo, mi tío inclinándose mientras Barraza le hablaba al oído. Busqué refugio en la mano de mi madre que inclinó levemente la cabeza ante el guerrero que volvía a montar. La mujer velada detuvo su montura, por un instante, al pasar delante de Abu Bakr. El cortejo se alejó, dejando tras de sí una nube de polvo, con el ruido estruendoso de los tambores. Mi tío me separó bruscamente de Umm Amr y volvió a auparme en sus brazos.

—¡Por fin, vas a conocer a tu abuelo, el gran Abu Marwan! —dijo, riendo como un pobre loco.